

Alberguería, la memoria del agua.

Buenas tardes a todos.

Muchos de los que estamos aquí aún no habíamos nacido cuando el pueblo de Alberguería desapareció engullido por 122 millones de metros cúbicos de agua. Eso ocurrió hace más de cincuenta años, en 1959, pero por fortuna tenemos documentos, testimonios, imágenes y, sobre todo, muchísimos recuerdos de aquel hermoso enclave que alguien condenó a morir bajo el embalse de Prada. Hay en esto una primera paradoja: le llamaron embalse de Prada a un pantano engendrado por el río Xares, que, como sabéis, nace en Peña Trevinca y muere (moría más bien) entre los ayuntamientos de O Bolo y Larouco; un río que engulló las mejores tierras de pueblos veiguenses como Casdenodres, Castromarigo, Candeda y Santa Cristina, y algunas otras de la propia capitalidad, A Veiga; un río al que detuvieron contra una presa de 87 metros de altura y 280 metros de longitud de coronación, construida entre los parajes de Prebouto (que hoy es la conocida isla que puede verse enfrente de la presa) y O Franxón, zona abrupta, territorio de castaños y anguilas.

Yo me he preguntado algunas veces por qué bautizaron el embalse con el nombre de Prada cuando ni siquiera el lugar en el que construyeron la presa le pertenecía en exclusiva. En todo caso, discutible honor el de este pueblo, que tuvo que prestar su nombre al embalse que engulló a sus vecinos, que rompió en dos el municipio, que multiplicó la distancia entre las aldeas y que marcó un antes y un después en la zona. Porque después del embalse ya nada fue igual en aquellas tierras. Para bien o para mal.

Decía que, por fortuna, tenemos todos los documentos necesarios para que Alberguería permanezca viva siempre en el recuerdo. Y aunque el título de esta conferencia es *Alberguería, la memoria del agua*, quiero adelantarnos una cosa: yo prefiero hablar de recuerdos, que no de memoria. Porque memoria, cada uno tiene la que puede, ni siquiera la que quiere. ¿Hay que tener una memoria histórica, otra amorosa, otra virtual, otra social, otra económica...? ¿Hay que tener una memoria deportiva...? ¿Cuántas memorias hay? Vaya tinglado. No, no, lo que hay que tener son recuerdos. Y los recuerdos deberían permanecer en la memoria. O escritos. O las dos cosas. Pero eso es muy distinto de lo que se dice. Porque, ¿quién decide qué cosas deben formar parte de nuestra memoria y cuáles no? Ah, ¿pero eso lo decide alguien por nosotros? Porque si alguien lo decide en nuestro nombre, nos están manipulando, es una trampa.

Pues bien, de la desaparecida Alberguería tenemos aún muchos recuerdos vivos y muchos otros escritos. En 1845, el diccionario de Pascual Madoz describe Alberguería como un pueblo de la provincia de Orense, perteneciente al ayuntamiento de La Vega, situado en un llano, rodeado de montañas y ríos, bien ventilado por el este y el oeste. Bueno, en realidad, Alberguería, enclavada entre el río Xares y dos arroyos (el de Prado da Fonte y el regato de Varxa), en un valle al noroeste del municipio de A Veiga, era un pueblo estratégicamente situado a baja altitud, en una zona de paso hacia Valdeorras y el mundo. Estas circunstancias marcaron la historia de este ‘lugar de albergue’, su importancia y su riqueza. Una riqueza que cita con todo detalle el historiador de Quereño, Antonio Castro Voces, al que, por cierto, recuerdo y aprecio. Gracias a sus ímprobos trabajos de recolección en los archivos, sabemos que Alberguería ya tenía a mediados del siglo XVIII (1750) 57 vecinos y 57 casas, 228 habitantes, 3 curas, 1 zapatero, una taberna, un estanco y doce molinos, si bien cuatro de ellos pertenecían a Oleiros, un pequeño pueblo de cuatro casas adosado a Alberguería, en la zona alta, casi como un barrio más, que acabó desapareciendo entre el siglo XIX y XX. Bueno, como veis, Alberguería era un pueblo grande ya en 1750. Pero los archivos indican que siguió creciendo hasta su desaparición. Lo hizo tanto en número de casas como de habitantes, de tal forma que justo antes de ser inundada, ya tenía más de 350 habitantes y un centenar de casas. Eso representaba el 10% de la población del municipio, que rondaba entonces los 7.000 habitantes y era uno de los más poblados de la provincia. Hoy, medio siglo después, apenas supera el millar.

No hace falta que os diga que cuando hablamos de la historia, hablamos, en realidad, de personas, de gente. Los pueblos no son nada sin gente. Lo vemos claramente ahora, cuando muchas aldeas que fueron importantes están a un paso de la despoblación más absoluta. La vida, en realidad, es la gente. Cuando uno echa un vistazo a las imágenes de hace cincuenta años, y a otras bastante más recientes, ve las montañas de A Veiga y de Alberguería completamente labradas, sembradas de centeno. Donde hoy sólo hay maleza, antes había cultivos. Y eso sólo era posible por dos razones: la necesidad y la suma de brazos. La tierra siempre ha necesitado brazos. He aquí una de las razones por las que ya nada es como era en el rural. A pesar de la maquinaria o por eso mismo.

Estos datos justifican que hubiese en la zona una de las cabañas de ganado más importantes de Orense. Hasta 10.000 cabezas de vacuno, 60.000 de ovino y caprino, y 500 caballos llegó a tener A Veiga a principios del siglo XX. Y en este contexto, entenderéis que Alberguería, que era un enclave próspero y uno de los más grandes del municipio,

tuviese una feria de ganado propia el día 12 de cada mes. Era una de las mejores ferias de ganado de la zona, tal y como aún testifican algunas gentes. Conviene añadir que, salvo la capitalidad, ningún otro pueblo, de los 30 que había en el municipio, tenía su propia feria.

Así pues, queda claro que Alberguería vivía de la ganadería y de la agricultura, dos formas de vida en la que el agua es un elemento clave. Alberguería sacaba con toda seguridad más provecho del agua que ningún otro enclave de la zona: con ella movía los molinos, regaba las praderas y se alumbraba por la noche; porque en 1948 ya tenía una fábrica de luz propia, en realidad, un molino de la familia de Amancio Prada, destacados emprendedores de Alberguería. (((Como veis, Prada es un apellido muy común por allí, lo que demuestra que en Alberguería sabían sacar provecho de todo lo que les rodeaba))). Bueno, esta fábrica de luz también abastecía una pequeña industria de gaseosas instalada en el pueblo. Y acabó abasteciendo también a los pueblos vecinos de Prada y Meda. Mi madre era de Meda y por eso sé con certeza el gran avance que suponía la electricidad en el medio rural de entonces. Como contrapunto, cabe añadir que A Veiga, la capitalidad, no tuvo luz eléctrica hasta los años sesenta, por lo tanto, mucho después que Alberguería.

Lo que nadie podía imaginarse es que el agua que le daba la vida, acabaría quitándosela. Y de qué forma. Fue precisamente el río, que pasaba ‘al lado’, causa principal de la fertilidad de sus tierras, quien se volvió contra el pueblo cuando detuvieron su cauce con aquella presa de contrafuertes, una “uve” gigantesca levantada muy cerca de la fábrica de luz, a poco más de medio kilómetro de las casas. Tardaron en construirla cuatro años. La terminaron en 1958. Sin embargo, Alberguería no desaparecería totalmente bajo las aguas hasta el 9 de mayo de 1959.

Ninguno de los antiguos vecinos ha podido enseñar a sus hijos la casa que un día les robó el pantano. El embalse las engulló para siempre. ¿Todas? No. Se salvó la iglesia, un soberbio inmueble de estilo Neoclásico tardío. Su reconstrucción en A Veiga de Cascallá se hizo entre 1958 y 1959, y fue posible gracias a las gestiones de un cura de Ponte, para más INRI, pueblo del municipio de A Veiga. El sacerdote se llamaba Arsenio López y era, entonces, sacerdote en Rubiá. Luego, al final ya de su vida, lo fue de la parroquia de Veigamuiños, aquí en O Barco. Yo lo recuerdo de una forma un tanto especial porque poco antes de morir me concedió una entrevista, que publicamos en La Voz de Galicia, en la que contó con todo detalle las razones de aquel expolio. Creo que él necesitaba hacerlo. Aquella confesión postrera fue su última entrevista. No me cabe duda de que era un buen hombre, pero muchos veiguenses nunca le perdonaron ‘la faena’ de regalar a otro municipio una iglesia que allí necesitaban más

que nadie porque la que tenían amenazaba ruina. Tanto es así que poco después tuvieron que construirse una nueva.

Las sepulturas y los restos funerarios de Alberguería fueron trasladados al cementerio del pueblo vecino de Prada, que ampliaron con este motivo. Y, como digo, la iglesia está en A Veiga de Cascallá. Es la misma, sí, pero a diferencia de aquella tiene los muros más estrechos, de 60 centímetros (allí eran de 80); también han ahuecado los muros del arco formentero, ahora tiene ventanales más grandes y nuevos ojos de buey sobre el baptisterio, falta la escalera exterior a la torre, faltan los retablos, el antiguo suelo de cemento es ahora de baldosa, las escaleras del comulgatorio no son rectas como entonces sino en semicírculo, la cubierta de madera se sustituyó por planchas de cemento... etc.

Lo cierto es que las autoridades, la constructora, Moncabril, y las firmas subcontratadas, Cachafeiro, Tierras y Hormigones, etc., se ocuparon de la iglesia pero no de las almas, no de las gentes que vivían en Alberguería, a las que dejaron abandonadas a su suerte. Todos ellos se vieron obligados a abandonar el pueblo, sus bienes, sus costumbres, su vida; a dejarlo todo bajo las aguas y a desterrarse en un mundo que no era el suyo, para emprender desde cero una nueva vida, sin medios económicos ni ayudas para hacerlo. Porque está documentado que el precio, el mal llamado justiprecio, acordado por 193 fincas expropiadas y las casas inundadas, fue de 3.266.151 pesetas. Tres millones y pico de pesetas por todo. En el libro *'O Barco e a Terra de Valdeorras durante a II República e o Franquismo'*, su autor, Félix García Yáñez, indica que los precios pagados oscilaron entre las 1.512 pesetas, que recibió, por ejemplo, el vecino Rogelio Primo por un labrantío; hasta las 147.282 pesetas que cobró otro vecino, Álvaro Álvarez, por una tierra semejante. Es incluso posible, que pagasen más en otros pueblos afectados que en el de Alberguería. Lo digo, porque mi abuelo, Cándido Palmeiro, recibió unas 600.000 pesetas por las fincas anegadas en Santa Cristina, que, es cierto, eran las mejores que tenía. Mi abuelo invirtió ese dinero en un gran pazo de labranza que está en Vigo, el Pazo da Touza, hoy en manos de otras personas, reconvertido en magnífico parador. Mi abuelo, era de Prada, vivía en Santa Cristina y emigró por la misma causa que los vecinos de Alberguería. Para mi es una razón más para solidarizarme con todos ellos.

El escarnio en Alberguería fue mayúsculo y hubo afectados que recurrieron. Entre ellos cabe citar a Clemente Sierra Brasa, que residía en la Casa Grande de San Miguel de Outeiro, de Vilamartín. Este hombre, poseedor de un extenso capital, pleiteó durante años contra el precio justo asignado a sus 19 fincas y a sus dos casas expropiadas. Pero, finalmente, en 1960, una sentencia del Tribunal Supremo le dio la razón a la

constructora, a Moncabril. La resolución, claro, no sólo cerró este pleito, sino que sentó precedente para liquidar todos los demás.

Distinta suerte tuvo Amancio Prada Barrio, el dueño de la fábrica de luz, en su reclamación para tratar de mantener los derechos de su pequeña industria. Tras cuatro años de pleito, Moncabril tuvo que asumir una sentencia del Supremo, que reconocía los derechos de la familia Prada y, en compensación, le otorgó la distribución exclusiva de electricidad en el municipio de A Veiga y en otros limítrofes.

Estas son las pequeñas historias que ilustran el gran drama de Alberguería. Un drama que tuvo su culmen cuando desalojaron por la fuerza a los últimos vecinos, en lo que constituye uno de los episodios más desdichados de la historia del pueblo. Hay incontables testimonios, vivos y escritos, de este suceso. Todos son conmovedores, amargos. La guardia civil, que era quien hacía estas cosas en aquellos tiempos, los expulsó sin miramientos. Dicen las crónicas que llegaron una mañana, en sus caballos. Eran por lo menos dos docenas. Traían las metralletas preparadas y echaron a la gente a golpes y a culatazos. En esas fechas, finales de 1958, el embalse ya había alcanzado el umbral de algunas puertas y hubo gente que tuvo que huir en barca, tal y como aseguran distintos testimonios.

Lo verdaderamente cierto es que, construida la presa, Alberguería, el pueblo más grandes de A Veiga, pasó, en cuestión de días, de ser el núcleo número 30 del municipio a convertirse en el primer pueblo orensano engullido por un embalse. Luego hubo otros. Pero, creo no equivocarme, Alberguería fue el primero.

¿Y qué ocurrió con la gente? Pues casi podríais decírmelo vosotros, que sois de esta tierra. Porque muchos encontraron refugio aquí, en Valdeorras: en O Barco, A Rúa, Vilamartín, en los pueblos y aldeas del contorno... Muchos otros se fueron a Madrid, Bilbao, Barcelona, el resto de España... Pero no nos olvidemos, hay un buen pedazo de Alberguería en Argentina; y otro en Francia; y en Alemania, y en Estados Unidos, y en Suiza... Alberguería, dividida en trozos y dispersada por el mundo. Eso es lo que ocurrió.

Sabéis que quisieron construirle un pueblo nuevo en el monte de A Gonza, entre A Veiga y Viana. No aceptaron, claro. ¿Alguien cree que sería posible cambiar un valle soleado y fértil por una sierra infernal y rasa, donde no crecen ni los abrojos? También les quisieron llevar de prestado, como colonos, a la Terra Cha, en Lugo, pero no, tampoco era posible aceptar esas condiciones.

Dos años después de su evacuación, el 15 de septiembre de 1961, Franco, ya no pudo ver Alberguería cuando llegó para inaugurar el pantano de Prada y la central (ésta sí, en terrenos de Prada). Cuentan las crónicas que llegó a tierras veiguesas desde O Carballiño. Por la mañana inauguró allí la Residencia de Educación y Descanso “General Moscardó” y una piscifactoría ubicada en el río Arenteiro. Más tarde, en Orense, inaugura el edificio de la Escuela Normal de Magisterio, en el barrio da Ponte (así que los que sois maestros y habéis estudiado allí, sabed que lo habéis hecho e un edificio que bautizaron el mismo día que se declaraba oficialmente fallecido el valle de Alberguería). Bueno, a las tres y cuarto de la tarde, Franco inaugura la presa de San Pedro, de Saltos del Sil, en Os Peares, donde, por cierto, fue recibido por la directiva de la hidroeléctrica, de la que formaba parte un ilustre Valdeorrés, Julián Trincado Settler, más tarde presidente de Unión Fenosa.

Y, atención, a las seis de la tarde, llega al salto de Prada para inaugurar la presa y la central. Lo hace en menos de veinte minutos. Lo justo para bajarse en el dique, hacerse la foto y decir aquello de queda inaugurado este pantano; el tiempo justo para desplazarse hasta la central, a la que tardaría en llegar unos diez minutos en coche, bajarse y pulsar el botón que la ponía en marcha. Veinte minutos. Visto y no visto.

Bueno, la comitiva tomó luego la carretera Prada-Santigoso-O Barco, por cierto, recién terminada, tras cincuenta años de obras. Y Franco aún pudo pararse a merendar en Viloira, como estaba previsto. Pero no lo hizo. Dicen que Carmen Polo, su mujer, no quiso perder más tiempo. Lo cierto es que todavía tenían que venir a Quereño para inaugurar la presa de Peñarrubia. Eso fue a las siete y media de la tarde. Diez minutos después, Franco y su séquito siguieron viaje hacia Madrid, con dirección Ponferrada. Yo no lo sé con seguridad, pero creo que ya nunca más volvió por aquí.

Contado todo esto, comprenderéis que era inevitable, casi obligado escribir una novela sobre Alberguería. La atávica historia del enclave y de sus gentes ofrece todos los ingredientes para hacerlo. Ese relato es éste: *La marca del agua*, que es como se titula la novela de Alberguería, que ha escrito quien le habla. Es una obra gestada en Madrid y parida cerca de donde todo ocurrió. Como debe de ser. Tengo que confesar que la distancia ha hecho conmigo lo mismo que ha hecho con la mayoría de los antiguos vecinos y emigrantes de Alberguería: reforzar mis lazos afectivos con el pueblo sumergido. Para mí supuso un indescriptible placer construir un relato sobre la base de aquellos ya lejanos sucesos. Nací al lado del embalse y crecí oyendo historias de Alberguería. Eso, me marcó. Despertar cada día junto a un pantano en cuyo buche descansa un

pueblo, espolea la imaginación y los sentimientos de cualquiera. Os lo aseguro.

La marca del agua es una obra de ficción; pero por el hecho de inspirarse en sucesos que realmente ocurrieron, es también un retrato original de una época difícil, en la que nuestros padres y abuelos vivían una vida de mucho sacrificio, en una España en blanco y negro, sumida aún en el descomunal peso de una posguerra que martilleaba sin piedad el día a día. Precisamente, el libro esboza en sus páginas un paralelismo entre la tragedia de la guerra civil y la otra tragedia de la presa, que en realidad es doble: la de un amor correspondido, pero imposible; y la que genera para todos los vecinos la propia inundación. La conclusión es... de libro: todas las tragedias son igual de dolorosas con independencia de su naturaleza.

Quiero decir también, para que os animéis a leerla, si aún no lo habéis hecho, que el planteamiento de la obra recuerda al del cine tanto por las imágenes que proyecta como por la descripción de expresiones y situaciones. Su estructura viene a ser como la de la película *Titanic* o *Salvar al soldado Ryan*. En *La marca del agua* eso ocurre de la siguiente forma: en el primer capítulo, el protagonista esboza unos hechos que se anuncian como ocurridos medio siglo antes. En el último capítulo, se completan y se cierran en el mismo escenario del principio. Entre ambos, a lo largo de veinticinco capítulos y 400 páginas, se cuenta el resto de la historia, retrocediendo y adelantándose en el tiempo y en el relato cuando conviene a la narración.

Dice el libro en uno de sus pasajes finales que el tiempo devora lo que es suyo: borra las palabras, amortigua los sonidos, cambia la percepción de los ojos, camufla el mundo bajo otras pieles y... uno se da cuenta de que vivir consiste en no ver nunca lo mismo más allá de un instante. Ese proceso, en el que la memoria se va velando, es inevitable. Por eso es muy acertado organizar y convocar actos como éste en el que estamos, que ayudan a mantener vivos los recuerdos. Los buenos y los malos. La memoria, como reza en el título de esta charla. Los buenos recuerdos nos enseñan a apreciar lo que aún tenemos y también lo que hemos tenido que dejar en el camino. Los segundos, los malos, nos enseñan a acertar. Ése y no otro es el verdadero papel de lo que intentamos fijar en la memoria.

Ya sé que muchos diréis que Alberquería hubiese desaparecido igualmente aunque no hubiesen construido el embalse. Viendo lo que ocurre con el resto de las aldeas, cabe pensar que sólo era cuestión de tiempo. Es posible que eso sea así. Pero el embalse, además de borrar el pueblo del mapa y adelantar en al menos siete décadas la salida de todos sus habitantes, aceleró el proceso de despoblación de la zona de una

forma evidente. A Veiga es ciertamente un caso dramático de despoblación. Ha perdido más de tres cuartas partes de su gente en sólo cuarenta años. Pues bien, podemos asegurar que el declive de A Veiga empezó realmente cuando murió Alberguería. Quiero matizar esto para que nadie diga mañana que Santiago Palmeiro atribuye el declive de A Veiga a la desaparición de Alberguería. No, no, no es eso. El declive de A Veiga no sólo se debe a la desaparición del que era uno de sus pueblos más grandes, sino también a otros factores que tienen que ver, sobre todo, con los difíciles medios de vida y subsistencia que ofrece. Pero sí, la raíz de todo ello arranca y coincide con los hechos que hemos relatado ocurridos en el siglo pasado en Alberguería. Ahí empezó todo.

La muerte física de Alberguería fue francamente dolorosa, aunque, justo es reconocerlo, significó también una oportunidad de mejora para muchas familias. El embalse fue un medio de vida para la gente de los pueblos; y un acicate para mejorar las condiciones del rural, sobre todo en materia de carreteras e infraestructuras.

Para Alberguería, el embalse significó su muerte, pero también su inmortalidad. Tanto es así que aquel pueblo que desapareció hace medio siglo está hoy más vivo que nunca y es el pueblo virtual más grande que jamás hemos conocido, como podréis comprobar si visitáis Alberguería.es, la web del enclave.

Estoy seguro de que nadie olvidará nunca las tres cantinas del pueblo de Alberguería que servían el mejor licor-café de la comarca; las mujeres, que hacían la colada en el río (siempre el río); los hombres, humildes, trabajadores y valientes, como le demostraron a la vida; los molinos, la fábrica de luz, las truchas, la caza, el juego de bolos, la jarana de los mozos, la unión de los vecinos... esa unión grande que finalmente no les sirvió para conseguir del gobierno el justo precio por la propiedades inundadas, ni para evitar que fueran tasadas según las farisaicas leyes del regateo. Pero al menos sí les sirvió para poder consolarse juntos cuando les echaron por la fuerza ante la inminente llegada de la inundación.

Estoy seguro también de que aquellos niños, hoy hombres de distintas edades, aún repasan una y mil veces el partido de fútbol de los domingos después de misa y esas fotos en las que pueden verse las porterías de madera que el cura, don Eloy Tato Losada, el obispo de Viladequinta, mandara construir a los chavales en un ancho del camino. Como la electricidad, el fútbol llegó antes a Alberguería y lo hizo de la mano del párroco.

Para terminar quiero repetir la petición que hice cuando presentamos la obra en la Diputación de Orense, hace ya dos años. Pido, y lo pido en

serio, que vacíen el embalse de Prada durante unos días para que el pueblo de Alberguería o lo que queda de él, pueda volver a ver durante unas horas el mismo cielo azul de entonces; y para que podamos acercarnos hasta allí y llenar nuestros anhelos con las cosas que un día un puñado de hombres buenos, humildes y valientes tuvieron que abandonar apresuradamente en el camino. Yo lo pido en serio. Muchas gracias.